

## 2. LA REPÚBLICA LIBERAL

Colombia había fundado en el siglo XIX una república sui géneris: sin libertad para los esclavos, con ciudadanía solo para quienes fueran letrados y tuvieran un determinado patrimonio y con escuela solamente para los bautizados y los hijos legítimos. Durante el siglo XIX, para construir el consenso sobre las formas constitucionales de la República fueron necesarias nueve grandes guerras civiles generales, catorce guerras civiles locales, dos guerras con Ecuador, además de innumerables conflictos que fueron moldeando la nación y un sistema institucional en muchos aspectos precario<sup>68</sup>.

El ascenso de los movimientos sociales y la aparición de nuevos fenómenos, como la creciente urbanización, ocasionada principalmente por el naciente proceso de industrialización y de inversión masiva en las obras públicas en los años veinte, con la coyuntura de "la danza de los millones", y el auge de las exportaciones cafeteras, producían reacomodamientos y nuevas alianzas en los bloques regionales de poder, así como nuevas contradicciones, surgidas de disímiles intereses económicos y políticos, de acuerdo con las nuevas circunstancias. Al mismo tiempo, la corrupción creciente en algunos sectores de la burocracia, tolerada por las altas esferas del Gobierno, había contribuido al desprestigio del Partido Conservador, que se caía irremediabilmente del Gobierno, tras casi cinco décadas de férrea permanencia en él. El auge de los sindicatos, de los movimientos socialistas, de las luchas de los sin tierra y de los indígenas, y de las revueltas de los estudiantes había alterado los tiempos de la paz y el orden de la República señorial, y roto las viejas amarras del régimen político. Las nuevas realidades, simplemente, ya no cabían dentro del espíritu de los pactos de la Regeneración de 1886 y el Concordato con el Vaticano.

La vida política de Colombia había estado caracterizada por el dominio hegemónico del Partido Conservador, que a toda costa se imponía en las elecciones, con la intervención decisiva del clero y por medios como el fraude, ya corrientes; el resto lo hacían mecáni-

68 TIRADO MEJIA, Álvaro. Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia. Medellín: Gobernación de Antioquia, 1995, p. 11. \_\_\_\_\_

camente los "tahúres electorales" y los gamonales. Pero a finales de 1929 y comienzos de 1930 sucedió lo inesperado: acababa de ser derrotada de manera contundente la República Conservadora, que dominaba el Gobierno desde la derrota histórica del liberalismo, primero en la guerra civil de 1885, luego en la de 1895 y, finalmente y de manera definitiva, en la Guerra de los Mil Días, entre 1899 y 1902. Algo similar sucedería en España con la derrota electoral de la monarquía y su derrumbe pacífico. En contravía de la crisis de la República que hemos mencionado, ahora los liberales tenían que gobernar, compitiendo con las propuestas socialistas y con el ascenso de los fascismos; la tarea de los demócratas modernos era difícil: en tiempos adversos y en medio de la quiebra mundial del capitalismo había que construir repúblicas democráticas.

## El año de 1929, la gran crisis y la caída de la República conservadora<sup>69</sup>

En el contexto del malestar de la gran crisis del 1929 se presentaron varias circunstancias que agravaron la caída de la República Conservadora. Dos grandes sucesos desencadenantes, interconectados entre sí, marcarían el rumbo de la historia colombiana: la masacre de trabajadores de las plantaciones bananeras de la norteamericana United Fruit Company, en la Costa Atlántica, el 5 y 6 de diciembre de 1928, y el movimiento cívico y estudiantil del 8 y 9 de junio de 1929, sucesos que completaron el clima de agitación política y social que fue enfrentado por el gobierno conservador con la llamada "Ley Heroica", una ley draconiana que restringía las libertades ciudadanas, decretaba la represión a la oposición y el aplastamiento del "movimiento bolchevique", insurrección lanzada por el joven y minúsculo Partido Socialista Revolucionario, creado en 1926<sup>70</sup>. Eran los tiempos de la paz del Wisconsin, la pérdida de Panamá, el Voto Nacional por la Paz, la consagración del país al Sagrado Corazón y la coronación de la Virgen de Chiquinquirá como patrona de Colombia –para que la paz perdurara–; era la Colombia que quería pasar la página de las guerras civiles para ingresar, por fin, al ideario del progreso.

Había en ese entonces un gran consenso, donde se imponía un discurso oficial que ocultaba las grandes contradicciones de una sociedad que se transformaba rápidamente, que ingresaba por el camino de la "prosperidad a debe"<sup>71</sup>, a la "danza de los millones" de dólares, por el camino de las grandes obras. Todo acto de violencia era

69 Retomamos algunas ideas desarrolladas en el libro de GUERRERO, Javier. *Los años del olvido: Boyacá y los orígenes de la violencia*. Bogotá: Tercer Mundo-IEPRI, U. Nacional, 1991, pp. 93 y ss. Hemos utilizado algunas de las fuentes primarias, especialmente de prensa y de la Sección Primera, Ministerio de Gobierno, del antiguo Archivo Histórico Nacional, AHN, consultadas entre 1985-1990, correspondientes a las mismas secciones del hoy denominado Archivo General de la Nación, AGN, para una nueva reinterpretación de las mismas.

70 SÁNCHEZ GÓMEZ, Gonzalo. *1929 los "Bolcheviques del Libano" (Tolima): crisis mundial, transición capitalista y rebelión rural en Colombia*. Bogotá: El Mohan editores, 1976. También: VEGA, Renán. *Gente muy rebelde: Protesta popular y modernización capitalista en Colombia (1909-1929)*. Bogotá: Pensamiento Crítico, 2002. Especialmente vol. 4.

71 PATIÑO ROSELLI, Alfonso. *La prosperidad a debe y la gran crisis 1925-1935*. Bogotá: Banco de la República, 1981.

visto como excepcional, incluso magnicidios como el de Rafael Uribe Uribe, a la salida del Capitolio, el 15 de octubre de 1914, o hechos tan dramáticos como la masacre de las bananeras, la muerte por balas oficiales del estudiante Gonzalo Bravo Pérez durante el movimiento cívico, el 8 de junio de 1929, las arremetidas de la fuerza pública contra las huelgas obreras de la "Tropical Oil" o el levantamiento de los "bolcheviques" de 1928, entre otros. Tampoco se hablaba mucho de las tomas de tierras lideradas por el indio Manuel Quintín Lame, que reivindicaba la reconstrucción de los resguardos en sus territorios ancestrales.

Lo cierto es que desde la Guerra de los Mil Días, el país estaba programado para vivir en paz, o mejor, para pensar que vivía en paz, muchas veces ignorando las cada vez más radicalizadas reivindicaciones sociales y las voces desde abajo. Sin embargo, todo este clima de consensos se había roto con la masacre de las bananeras y el Estado de sitio. Los gravísimos hechos de 1928 abrieron importantes debates sobre las responsabilidades sociales del Estado y la forma como el gobierno ejecutó acciones militares contra los trabajadores inermes hasta producir esta página ignominiosa de la historia, que hoy algunos revisionistas quieren negar.

Algunos periódicos y personajes liberales se alinearon en defensa de los derechos civiles de los obreros, pero ninguno como la Revista *Universidad*, que dirigía Germán Arciniegas; también se destacó al respecto Baldomero Sanín Cano, quien oportunamente denunció los hechos, desafiando el silencio, el "Estado de sitio" y la llamada "Ley Heroica", con que los gobernantes pretendieron callar la ignominia de uno de los crímenes de Estado más atroces del siglo XX en Colombia; y claro está, posteriormente el caso de Jorge Eliécer Gaitán, que dedicó una de sus mejores páginas a la denuncia de estos hechos. Al contrario, muchos de los políticos y pensadores de la época, especialmente los periódicos conservadores, como "El Nuevo Tiempo" y el periódico católico "El Debate", respaldaron a los verdugos y justificaron los hechos, considerándolos una batalla más contra el comunismo; el más directo, tal vez, fue el apologético "leopardo" Silvio Villegas, en las páginas de "El Debate", cuando haciendo referencia a los hechos del 6 y 7 de diciembre de 1928 decía:

[...] En el año 1928 le correspondió a este diario una tarea excepcional en la vida del país. Situados frente a una crisis política, entre la república tradicionalista y la amenaza revolucionaria, enfilamos sólidamente, como lo imponían los intereses espirituales y económicos de la patria, en defensa de la tradición y de la república en peligro [...] Afirmados en el triángulo tradicionalista –la patria, la religión, la familia– construimos nuestra teoría política, y este diario fue el escudo de la defensa pública [...]. Lógicos con doctrina, defendimos la actitud valerosa y temible del gobierno en la zona bananera [...] la revolución cayó trágicamente bajo el soplo benigno de las balas oficiales 'que volaban como palomas mensajeras'. Los revolucionistas

existen todavía, pero es de esperarse que el proyecto de defensa social termine con ellos en el año de 1929<sup>72</sup>.

Los socialistas, pues, habían tomado la iniciativa; habían sido derrotados –y a qué precio–, pero habían debilitado de manera considerable al régimen. El Partido Liberal ejercía una oposición inorgánica y sin grandes oportunidades, y mantenía una presencia precaria en el panorama nacional; a partir de las elecciones de 1922, cuando fue derrotado, con la candidatura del general Benjamín Herrera, ocasión en la que acusó al régimen conservador de haber impuesto al general Pedro Nel Ospina mediante el fraude, había optado por el camino de la abstención, desapareciendo prácticamente como opción política. De otra parte, al grueso de las nuevas generaciones las aglutinaba más el sentimiento de inconformidad de los socialistas. Las viejas generaciones de combatientes acusaban cansancio. Otros sectores se habían plegado a los mandatos de la hegemonía conservadora a cambio de cargos secundarios. No había credibilidad en el sufragio, pues el fraude era evidente y en muchas localidades el partido liberal también apelaba a él para mantener algunas posiciones en los consejos municipales<sup>73</sup>; no obstante, la dirección nacional liberal se ratificaba en sus políticas abstencionistas<sup>74</sup>.

Y había razones para no creer en el camino de las urnas; el conservatismo iba a mantenerse en el poder apelando a cualquier recurso, pues "existe el convencimiento de que los conservadores no irían a sacrificar lo que ganaron con las armas a un triunfo electoral. De suerte que es bien sabido que todo esfuerzo en este sentido es inútil"<sup>75</sup>. El sufragio era considerado como "una farsa hiriente, una ironía cruel. Siendo esto así, es más loable la abstención".

Estas ideas generalizadas resumían el espíritu del siglo XIX; eran el argumento de una ideología que apelaba a la violencia política, fundamentada en el axioma indiscutible de que solo el triunfo en la guerra puede legitimar la victoria política y el ejercicio del poder; ideología extendida en el seno de los dos partidos. Muy cercano estaba el recuerdo trágico de la derrota liberal de las tres últimas guerras del siglo (1885, 1895 y Guerra de los Mil Días). Si el liberalismo no tenía un ejército capaz de derrotar al partido en el poder, de nada serviría un triunfo en las urnas, en el caso de que el fraude, las maniobras y el poder del clero llegaran a permitirlo. No veían otra alternativa que la vía de la insurrección; por eso la fracción guerrerista de los viejos generales, encabezados por Benjamín Herrera, dominaban el partido, y muchos se resignaron al ostracismo, mientras que otros esperaban el momento oportuno de la conspiración.

---

72 El artículo se titula "Hoy". En: "El Debate". Bogotá, 1 de enero de 1929.

73 Así lo manifestaba el republicano y ex presidente Carlos E. Restrepo, de innegable proximidad al Partido Conservador, con motivo de la elección del presidente Abadía Méndez (1926-1930). Citado por MOLINA, Gerardo. *Las ideas liberales en Colombia*, t. 2, Bogotá: Tercer Mundo, 8.ª Edición, p. 223.

74 EL TIEMPO, "Razones para la abstención", 26 de marzo, 1929, p. 1.

75 Artículo aparecido en Colombia, de Medellín, y reproducido en DIARIO OFICIAL, Bogotá, 10 de abril, 1926, N.º 3370. Citado por MOLINA, *Las ideas liberales*, Op. cit., pp. 223-224.

Ese era el principal obstáculo para que el liberalismo pudiera consolidar una estrategia de oposición que equilibrara las cargas e hiciera funcionar los mecanismos de la democracia. Pero, además, ya se evidenciaba que, en parte, la quiebra del liberalismo tenía que ver con el ascenso socialista<sup>76</sup>. Aunque desde las últimas décadas del siglo XIX el liberalismo se había distanciado del socialismo en el mundo, en Colombia aún confundían algunos aspectos de sus doctrinas, tal vez por falta de definición ideológica. Unos y otros, liberales y socialistas, comprendían la necesidad de ganar a las masas para sus propuestas.

Por su parte, el Partido Conservador, acomodado en los despachos burocráticos, no percibió este problema hasta tanto la orfandad del poder y el proceso histórico le demostraron la necesidad de la competencia por el poder, el cual sería su problema hasta 1946. No obstante, la amenaza más importante que tenía este partido no radicaba en sus tradicionales huestes, sino en los discursos nacionalistas que emergían en el panorama mundial y que pronto asomarían en sus filas con los discursos prosopopéyicos de "los Leopardos" y, posteriormente, con los partidarios del falangismo y del nazismo, ideologías radicales que pondrían en juego todas sus concepciones civilistas y democráticas, que habían construido con base en las tradiciones hispanistas y católicas, pero indudablemente republicanas hasta ese entonces.

## Sin las masas no hay salvación

Las campañas electorales en Colombia, desde el siglo XIX, fueron parte de una tradición política temprana que vinculó a los partidos políticos a los sectores populares en forma de clientelas de masas que ataban tradicionalmente la población a los gamonales locales, quienes, a su vez, se ligaban piramidalmente a estructuras de tributarios electorales de mayor nivel hasta conformar los cuadros principales de cada uno de los partidos, constituidos usualmente por miembros de las élites económicas, que participaban de clubes políticos, más que de partidos, que organizaban los debates a través de periódicos escritos y de ensayos que transaban los debates fundamentales de los temas de la vida pública. La participación de la ciudadanía se limitaba casi exclusivamente a rituales clientelistas para la participación electoral, y, posteriormente, al disfrute de las mieles del poder con prebendas burocráticas mediante el nombramiento de "recomendados" en cargos públicos, de los que dependía buena parte de la población, o beneficiándose de normas del nivel municipal, departamental o nacional en respuesta a sus intereses concretos, en un juego de favores mutuos que iban tejiendo juegos de intereses cada vez más complejos que condicionaban la vida del Estado. Usualmente,

76 [...] Me parece que todos estaremos de acuerdo en aceptar el fracaso del liberalismo, durante los últimos años, como partido de oposición. Este fracaso coincide con el advenimiento del socialismo, que le arrebató las masas y, un poco temerariamente, la parte de su programa que constituía la energía impulsiva en sus campañas de acción". Ver la carta Carta del Dr. Luis Buenahora al director de El Tiempo. EL TIEMPO, Bogotá, 4 de enero, 1929, p. 1.

la Iglesia católica y sus jerarquías participaban activamente en la política en todos los niveles, en una alianza tejida desde las primeras guerras civiles con el Partido Conservador, cooptando a los fieles de sus parroquias y, en épocas electorales, promoviendo ideas y candidatos incluso en los actos religiosos desde el púlpito, a través de los sermones. Con frecuencia introducían elementos de fanatización y polarización de las ideas y las opciones, predominantemente contra el que era considerado su enemigo natural, el Partido Liberal.

La práctica política de los partidos en estas circunstancias creaba situaciones que frecuentemente desembocaban en confrontaciones que podían terminar en actos de violencia. A las situaciones propias de la política se le entremezclaban situaciones "tradicionales" de pugnas inter e intrafamiliares, conflictos ligados a la propiedad de la tierra, por linderos, por el uso del agua, viejas rencillas de generaciones anteriores, odios ancestrales entre poblaciones vecinas, para señalar simplemente una compleja fenomenología que era muy difícil de deslindar, pero que incidía en el clima social de alta conflictividad que solía exacerbarse con los debates políticos, sobre todo en tiempos de elecciones, que eran muy frecuentes y numerosas.

En 1929 el país se aprestaba a celebrar unas elecciones particularmente polarizadas. El clima social estaba caldeado por sucesos conflictivos que habían desgastado al gobierno de Miguel Abadía Méndez, por una alta conflictividad causada por factores como el desarrollo acelerado en las obras públicas y la infraestructura ferroviaria, una inusitada actividad sindical, el surgimiento de pequeños partidos de izquierda radical que dinamizaron las luchas sociales, el despertar de movimientos indigenistas que reclamaban la tierra, y conflictos por la titulación de baldíos en zonas de colonización. En medio de este clima se habían producido enfrentamientos con los obreros petroleros en Barrancabermeja en 1927. En 1928, como parte de esta ola agitacional, se produjo la huelga de la zona bananera del Magdalena, que culminó en la masacre de obreros en la plaza del municipio de Ciénaga, con el ametrallamiento de la multitud y un número indeterminado de muertos, no solamente obreros, también mujeres e hijos de estos.

Oficialmente se habló de nueve muertos, cifra que contrasta con los informes diplomáticos del embajador estadounidense de la época, Jefferson Caffery, quien, apoyado en datos de la misma compañía bananera, reportó primero 100 muertos, luego habló de entre 500 y 600 y en un informe al Departamento de Estado, del 16 de enero de 1929, afirmó: "Tengo el honor de informar que el representante de la United Fruit Company en Bogotá, me dijo ayer que el número de huelguistas muertos por las fuerzas militares colombianas pasa de un mil"<sup>77</sup>. No obstante, la investigación del Congreso colombiano, encabezada por Jorge Eliécer Gaitán, descubrió varias fosas

---

77 DEPARTAMENTO DE ESTADO USA. Documento Confidencial No. 71, Legación of the USA, Bogotá, enero 16 de 1929. Citado por: El Tiempo, La Masacre de las Bananeras, Suplemento Espacial, diciembre 3 de 1978.

comunes, que en cálculos de gentes de la época no fueron inferiores a 1.500 víctimas, entre muertos y heridos, en tanto que otras versiones hablan de más de 4.000<sup>78</sup>.

El Partido Socialista Revolucionario, una formación fundada en 1926 por intelectuales, artesanos y obreros<sup>79</sup>, que buscaban influencia en el ascendente movimiento sindical, convocó en 1927 a un alzamiento, conocido en la historiografía como la "insurrección bolchevique", el cual, a pesar de que fue aplazado, con una improvisada contraorden que no llegó a todas las regiones, ocasionó enfrentamientos violentos en varias regiones donde tuvieron capacidad organizativa, y aunque no tuvo la influencia necesaria para desestabilizar al gobierno, sí logró conmoción en las zonas petroleras, bananeras y en los puertos fluviales sobre el río Magdalena, principalmente<sup>80</sup>.

Desde 1927, el Gobierno venía haciendo seguimiento a algunas estructuras organizativas clandestinas en las que venían participando muchos de los llamados sectores guerrilleros del Partido Liberal, liderados por Leandro Cuberos Niño; en Armenia, el coronel Barrera Uribe y el general Gerardo Vargas, y el general Bustamante en Girardot, entre otros destacados dirigentes ligados a la dirección nacional:

[...] el 27 de abril de 1927 en la comunicación oficial y secreta dirigida al Ministerio de Gobierno se hablaba de una insurrección que se estaba preparando en la que estaban participando de manera muy activa jefes liberales en alianza con el obrerismo y en la que estaban comprometidos los hacendados liberales de los alrededores de Girardot, entre estos el General Bustamante. Con alarma se señalaba que en Girardot y las poblaciones aledañas participarían "miles de hombres". Así mismo, se indicaban los municipios en los cuales había influencia liberal y obrera, sobresaliendo Honda, Ambalema, Líbano, Chaparral, Natagaima y Flandes<sup>81</sup>.

Pero también había informes gubernamentales de actividades en Manizales, sobre un plan para tomarse el ferrocarril Zarzal - Armenia, entre los trabajadores de la carretera Armenia - Ibagué, en el Valle, Cundinamarca, Quindío, en Armenia y Calarcá. En Tolima, en Flandes y Beltrán, se hablaba de un "golpe de cuartel". En Remedios, Antioquia, se informaba de reclutamiento de veteranos de la Guerra de los Mil Días. En Tumaco se capturaron panfletos y comunicaciones crípticas de la organización. Al capturar al líder Tomás Uribe Márquez, en

78 Un solo testigo, Horacio Hernández, habla de que con un compañero identificado como el "negro Bobea" habla de un viaje al mar con 80, mas una fosa de 70 y de unos 7 viajes en camión con 500 cadáveres, sepultados en otras fosas comunes. PÉREZ, Hernán. A los 50 años de la lucha y Masacre en las Bananeras del Magdalena. En: PAYARES, Carlos, Ed. Memoria de una Epopeya, 80 años de la Huelga y Masacre de las Bananeras del Magdalena. Ciénaga, Alcaldía Municipal, 2008. p. 121 s.s.

79 Sus principales dirigentes a nivel nacional eran Tomás Uribe Márquez, Ignacio Torres Giraldo, María Cano y Raúl Eduardo Mahecha.

80 VEGA, Renán. Gente muy rebelde. Protesta y modernización en Colombia. Bogotá: Pensamiento Crítico, 2002, Vol. 4

81 *Ibidem*, p. 148.

febrero de 1929, se le encontró un listado de dirigentes en todo el país y un plan secreto organizativo que iniciaba en el río Magdalena, subía por varias vías, especialmente por los ferrocarriles, tomando pueblos hasta llegar a La Tribuna y Facatativá, para copar los sitios estratégicos de Bogotá.

## El derrumbe conservador

Desde los primeros meses de 1929, el Partido Conservador, como era ya tradicional, inició su campaña; aparecieron los candidatos, y se suponía que mediante mecanismos como la selección en la convención del partido o por designación del Arzobispo, escogería el candidato oficial. Aparecieron en el abanico de presidenciables los nombres de José Joaquín Casas, Mariano Ospina Pérez, Ignacio Rengifo, Antonio José Uribe, Guillermo Valencia y el general Alfredo Vásquez Cobo. El curso de los acontecimientos fue reduciendo las opciones; por ejemplo, el movimiento cívico de junio de 1929, impulsado por los estudiantes, dejó sin posibilidades al ministro de Guerra, Rengifo, quien declinó en favor del general Vásquez Cobo. Otro sector aspiraba a consolidar la candidatura del general chiquinquireño José Joaquín Casas, el mismo que como ministro de Guerra, al final del conflicto de los Mil Días, fuera desobedecido por las tropas, para bien de la nación, luego de que diera una ambigua orden sumaria de ejecutar a los prohombres liberales que habían firmado el pacto de paz del Wisconsin (en el acorazado de la armada estadounidense Almirante Wisconsin), sobre la base del respeto a sus vidas, cuestión que todavía pesaba en la memoria de muchos colombianos. Los antioqueños, dirigidos por la casa Ospina, veían con buenos ojos la candidatura del payanés Guillermo Valencia, por lo cual desistieron de postular al joven Mariano Ospina Pérez, pues, al igual que muchos ciudadanos de otras regiones, inclusive liberales, veían en aquel una opción conciliatoria<sup>82</sup>; el apoyo liberal a Valencia era el argumento esgrimido por el clero radical para ver con desconfianza su candidatura "sostenida por enemigos de la Iglesia"<sup>83</sup>. Importantes sectores del clero, y las castas conservadoras de Boyacá, Santander, Norte de Santander, Tolima y regiones de la Costa Atlántica apoyaban al general Vásquez Cobo, pues jamás le perdonarían a Valencia el apoyo liberal, y un pecado en su pasado relacionado con un supuesto ataque a la participación del clero en política durante la campaña de 1918<sup>84</sup>. De otra parte, la condición militar de Vásquez Cobo era considerada prenda de garantía para la derrota del joven movimiento socialista, principal preocupación del clero, del Partido Conservador y de uno que otro liberal temeroso del "peligro comunista".

82 Véase PALACIOS, Marco. *El café en la Historia de Colombia*. Bogotá: Presencia, 1979, pp. 309 y ss.

83 EL NUEVO TIEMPO, Bogotá, diciembre, 1929. p. 1: "El Párroco de Guaduas dice que ningún católico puede apoyar la candidatura sostenida por los enemigos de la Iglesia".

84 El clero fundamentalista le pasó al candidato Valencia la cuenta de cobro no solo por el viejo incidente de 1918, ya mencionado, sino que además en esa ocasión se enfrentó al entonces obispo de Ibagué, que ahora se desempeñaba como el mismo arzobispo primado que debía decidir si le daba su apoyo.

La intervención del clero se convirtió en el factor fundamental de la división del conservatismo; históricamente había sido el arzobispo quien, en últimas, definía quién era el presidente de Colombia; así había sucedido por lo menos desde 1888, cuando fue designado como árbitro monseñor Paul, quien favoreció a Carlos Holguín, presidente 1888 -1892. En 1913, el primado Bernardo Herrera Restrepo designó a José Vicente Concha (1914 - 1918); en 1917, 1921 y 1925 sería el mismo arzobispo Herrera Restrepo quien a la postre designaría al candidato y luego presidente. En 1926, Vásquez Cobo aspiraba a ser el presidente, pero el arzobispo le solicitó su declinación en favor de Miguel Abadía Méndez, a cambio de la promesa del apoyo arzobispal en 1930<sup>85</sup>. Para esta ocasión de las justas electorales, para reemplazar a Miguel Abadía Méndez (1926 - 1930), el arzobispo Ismael Perdomo, consciente de la palabra empeñada a favor de su amigo personal, Vásquez Cobo, y ante el hecho de que los parlamentarios dieron por candidato a Valencia, inmediatamente anunció su apoyo a Vásquez Cobo, sin lograr el retiro de Valencia, lo que automáticamente posicionó a los dos candidatos; luego se introdujo en una serie de juegos regionales, consultas a los obispos y patriarcas, etc., que, además de dilaciones y vacilaciones, trajo la división del Partido Conservador, llevándolo a la derrota. También, el clero, a nivel nacional, se dividió; los "párrocos electorales" atizaban el debate, mientras en un principio el Partido Liberal, en actitud diletante, se acomodaba a la conveniencia de apoyar uno u otro candidato, como tradicionalmente había actuado durante tantos años de hegemonía conservadora.

La unificación de la candidatura conservadora no fue posible; el Arzobispo, una vez ponía en pie de igualdad a todos los aspirantes, señalando que todos son católicos<sup>86</sup>, pero dos días después descalifica la candidatura de Valencia<sup>87</sup>, y más tarde se manifestaba a favor de Vásquez Cobo, proclamado por el Senado<sup>88</sup>, pero en la Cámara de Representantes la candidatura de Guillermo Valencia logra la mayoría, mientras los curas antioqueños se pronuncian en su favor. En septiembre, el arzobispo anuncia una posible "neutralidad" del clero<sup>89</sup>, situación que perjudica a Vásquez Cobo y le proporciona cierta ventaja al candidato Valencia: rápidamente los partidarios de Vásquez hacen rectificar esta versión<sup>90</sup>, mientras el tono del enfrentamiento en el interior de la Iglesia iba subiendo en medio de esta ambivalencia, en tanto que el presidente Abadía mantenía una actitud sibilina, conservando la división, pues, al parecer, ninguno de los candidatos era de su entera satisfacción, y estaba jugando a producir una tercera, pero los candidatos insistieron en mantener sus nombres en la contienda<sup>91</sup>.

85 DONADIO, Alberto. La guerra con el Perú. Bogotá: Planeta, 1995. p. 103.

86 EL TIEMPO, Bogotá, julio 29 de 1929, p. 1.

87 EL NUEVO TIEMPO, Bogotá, 31 de julio, 1929, p. 1.

88 EL NUEVO TIEMPO, Bogotá, 22 de agosto, 1929, p. 1. Era una respuesta explícita a las presiones del cacique boyacense general Sotero Peñuela, lo que hizo que rápidamente se organizara la campaña de Vasquez Cobo, luego de que la mayoría del Senado proclamara esta candidatura.

89 EL NUEVO TIEMPO, Bogotá, 7 de domingo, septiembre de 1929, p. 1.

90 EL NUEVO TIEMPO, Bogotá, 9 de septiembre de 1929, p. 1.

91 NAVARRO, Pedro Juan. El Parlamento en pijama, Bogotá: Mundo al Día, 1934. También MORALES BENÍTEZ, Otto. El liberalismo, destino de la Patria, Bogotá: Ceiba, 1983.

La división conservadora se había hecho irreversible, y así lo entendían las miradas más sagaces de la inteligencia liberal.

## Se busca un liberal

La Convención liberal, que se reunió en noviembre de 1929 en medio de las disputas conservadora, no dejó una línea de acción clara ni planteó nítidamente la posibilidad de un candidato propio. Se nombró una dirección integrada por López Pumarejo, Samper Uribe y el general Leandro Cuberos Niño, en medio de un escepticismo generalizado, a pesar de que López Pumarejo, en los meses precedentes a la Convención, en sus artículos de prensa, en su correspondencia y en sus tertulias liberales, agitó la idea de la necesidad de un resurgimiento del alma liberal, manifestando que ello se lograría con una candidatura propia, lo cual era rechazado por otros sectores del liberalismo, por cuanto no había "elecciones limpias y libres", en tanto que otros preferían cómodamente la abstención<sup>92</sup>.

La humillación propinada en la Guerra de los Mil Días aún pesaba en los dirigentes del Partido Liberal, porque se necesitaba estar listos para una nueva guerra civil en el caso de tener que defender un posible triunfo electoral. Pero en la dirección quedaron enfrentadas las dos tendencias: López Pumarejo, por los jóvenes civilistas, quien entendía la crisis del Partido Liberal, su incapacidad, pero ante todo entendía la magnitud de la crisis irreversible del régimen conservador, frente a un Leandro Cuberos, militarista y partidario del complot que había fracasado ese año. Lo cierto es que el debate en la dirección liberal fue ganado por López. Las elecciones municipales de octubre les habían servido a los partidarios de una candidatura liberal para demostrar que había fuerza suficiente para intentarlo. Es así como un grupo de liberales toma la iniciativa de ofrecerle la candidatura a Enrique Olaya Herrera, ministro ante Washington, dando comienzo de manera sorprendente a una campaña electoral de tres semanas que da al traste con medio siglo de dominación conservadora.

Algunos jefes del Partido Liberal no creían en Olaya Herrera, dudaban de que pudiera aglutinar al liberalismo y a los colombianos, pues permaneció los ocho años anteriores en el exterior y no tenía una imagen sólida en el seno de los dirigentes del partido; además, su participación como funcionario del régimen conservador en varias intervenciones notorias interpretadas como desafortunadas por sus contemporáneos, presentaba un balance desfavorable de su imagen política, y, para completar, era percibido como proclive a los intereses de Estados Unidos. Además, el tiempo estaba en contra, transcurría ya la mitad del mes de diciembre, y algunos dirigentes consideraban que no había tiempo para realizar una campaña exitosa, pues los comicios serían el 9 de febrero.

La prensa liberal, que inicialmente apoyaba la candidatura de Valencia, ahora veía la necesidad de apoyar al candidato propio. La correspondencia entre Olaya y los patricios liberales producía resultados; aquel aceptaría si se acordaba una candidatura bipartidista, que fue aceptada bajo el nombre de "Concentración Nacional". Debido a que la legación en Washington no podía ser abandonada repentinamente, Olaya solo pudo llegar al país el 15 de enero, a tres semanas de la justa electoral; se inicia una campaña electoral rápida, innovadora y efectiva. Desde diciembre, cuando su nombre empezó a figurar como una posibilidad, la prensa liberal en todo el país empezó a coordinar una campaña de grandes expectativas que produjo, aún sin la aceptación oficial del candidato, un gran entusiasmo renovador y contagiante; a su llegada a Colombia, la misma prensa se había encargado de limar las resistencias que pudiera ofrecer su nombre; de otra parte, la desastrosa campaña conservadora hizo que un importante grupo de notables de ese partido se unieran al nombre de Olaya. El 15 de enero llegó el aspirante a Cartagena, donde fue recibido por una masiva manifestación liberalconservadora y republicana que le proclamaba, iniciándose la campaña presidencial que transformaría la cultura política nacional, pues tendría escenarios y protagonistas diferentes: la plaza pública y las masas<sup>93</sup>.

## La invención del ágora

La de Olaya era una típica candidatura al estilo del antiguo Partido Republicano de Colombia, que había desaparecido varios lustros atrás pero que aún mantenía algunas lealtades, y así lo entendió el expresidente Carlos E. Restrepo, su fundador, quien fue clave en la aceptación de Olaya.

Hasta entonces, las campañas políticas en Colombia se realizaban tradicionalmente mediante actos protocolarios de salón, donde se tomaban decisiones que luego se agitaban a través de la prensa, de los jefes políticos y a través del correo y del telégrafo. En el caso del Partido Conservador, se difundía a través de las diócesis y de los curas párrocos. El liberalismo joven, en esta ocasión, introdujo cambios fundamentales; el pueblo había sido convocado a la plaza pública a escuchar al orador, en un mecanismo de comunicación directa con el caudillo, promoviendo la participación y el compromiso político. Olaya venía de Estados Unidos, y con sus partidarios estaba dispuesto a realizar una campaña distinta; era un candidato conocedor de los cambios culturales, resultantes de los fenómenos urbanos y de las transformaciones que estaba viviendo la cultura nacional y mundial.

Los grandes caudillos, con el prestigio fundado en la oratoria, empezaban a cautivar a las masas, que manifestaban cada vez con más ímpetu su deseo de participación directa en la vida política. El mundo vivía una verdadera revolución cultural, basada a su vez en una revolución tecnológica: la aparición de la radiodifusión y el megáfono. En el nuevo estilo de participación, las fuerzas juveniles estudiantiles habían asumido un papel agitacional

93 EL ESPECTADOR, Bogotá, 15 de enero, 1930, p. 1.

y organizativo de primer orden, como lo habían demostrado en dos momentos cruciales: el 14 de marzo de 1909, cuando se produjo la movilización que produjo la caída de la dictadura de Reyes, y los sucesos de junio de 1929. De otra parte, las mujeres, aunque, en menor grado, también se reunían en casas y recogían apoyos para el candidato de sus preferencias y ayudaban a alistar las papeletas y la propaganda impresa, a transcribir correspondencia, etc.

El viaje de Olaya Herrera entre la Costa Atlántica y Bogotá, por el río Magdalena, estremeció la médula de la nación; las manifestaciones eran cada vez más nutridas, sobre esa ruta en la que se concentraba un importante porcentaje de la población del país. Rápidamente el Partido Liberal se convirtió en una fuerza organizada, cuyos caudillos se desplazan a concentraciones en todo el país, o por lo menos es la imagen que proyecta la prensa partidista. El diario *El Espectador* del 21 de enero presenta los siguientes titulares, que reflejan el ambiente existente en el país: "Se temen fuertes choques en Popayán con la llegada del Doctor Jorge Eliécer Gaitán", "Elocuentes manifestaciones en favor del candidato nacional, doctor Olaya Herrera, en Chiquinquirá", "Gran entusiasmo con motivo de la llegada del Dr. Olaya Herrera a Ubaté", "Cinco mil personas proclaman candidatura de Olaya Herrera", "Proclaman en Riohacha la candidatura de Olaya"<sup>94</sup>.

Los periódicos nacionales *El Tiempo* y *El Espectador*, e importantes publicaciones regionales conformaron un sistema de información, una verdadera red que garantizaba orientaciones e información a nivel nacional con tres características fundamentales: rapidez, oportunidad y cobertura nacional, mientras el Partido Conservador permanecía dividido y desorientado. Por primera vez en muchas décadas, los liberales se comportaban como una fuerza nacional organizada; si lograban controlar el fraude, el triunfo estaba garantizado. El otro obstáculo para el triunfo del liberalismo, como ya se señaló, era la participación del clero; pero en esta ocasión la división conservadora tenía suficientemente ocupados a los curas, que se amenazaban mutuamente y hasta se excomulgaban y contra excomulgaban<sup>95</sup>.

El entusiasmo se convirtió en el principal ingrediente; en todas las provincias se constituyeron comandos electorales, siguiendo las consignas de la prensa. Los cuadros de los directorios entraron en coordinación nacional para la organización de las giras. Las juventudes liberales desarrollaron una labor propagandística definitiva, sobresaliendo las figuras de Armando Solano, Plinio Mendoza Neira, Alfonso López Pumarejo, Gabriel Turbay, Eduardo Santos y Darío Echandía, en especial este último, que era parte de la conspiración de 1929.

De otra parte, aunque los viejos dirigentes, entre ellos los generales conspiradores, seguían al general Cuberos Niño en su actitud escéptica frente a las posibilidades de victoria

94 EL ESPECTADOR, Bogotá, 21 de enero, 1930, pp. 1 y 11.

95 Son numerosos los enfrentamientos entre el mismo clero y las excomuniones contradictorias entre el clero valencista y el clero vasquista. Véase comunicación enviada al presbítero Cuevas, de La Unión (Valle), por el presbítero Manuel Santos Valderrama, EL NUEVO TIEMPO, Bogotá, 6 de noviembre de 1929.

de Olaya, dejaron de ser un problema, no obstante que el talante de la candidatura y del candidato no los entusiasmaba ni se compaginaba con el fervor decimonónico de los viejos combatientes; Cuberos se retiró de la dirección nacional del partido, y los veteranos permanecieron expectantes, pero el peligro de una disidencia estaba conjurado.

## Los tahúres electorales y la prensa

Desde la última elección en la que había participado el liberalismo, en 1922, sobre la que el candidato Benjamín Herrera emitiera pocos días antes de su muerte, el 29 de febrero de 1924, una proclama denunciando el escandaloso fraude conservador y llamando a la abstención total de su partido, pesaba sobre sus electores la certidumbre de que esta historia se repetiría si se prestaban para el juego electoral<sup>96</sup>. Aún pesaba sobre la memoria el pesimismo reflejado en la consigna "el que escruta elige", y no eran infundados los temores de los dirigentes de la campaña de la "Concentración Nacional". Quedaba, pues, por sortear este problema, que era reconocido como uno de los graves peligros.

Era tan evidente y generalizado el fraude que en su circular sobre las elecciones presidenciales del 9 de febrero, el Gobernador de Boyacá, no obstante ser miembro del Partido Conservador, manifestaba:

[...] Conviene sin embargo advertir que tratándose de renovar por el voto libre y consciente de los ciudadanos uno de los más altos poderes públicos se requiere desde luego el ejercicio y práctica de las virtudes cívicas que han de caracterizar y distinguir la función electoral [...] y como nadie ignora que la actual contienda de los partidos políticos ha revestido singulares caracteres de agitación [...] obliga a desplegar por parte de las autoridades una vigilancia, una provisión y un cuidado especiales [...] Una dolorosa experiencia ha demostrado que el fraude, traducido en la repugnante violación de estos mandatos y en la hiriente burla de los mismos derechos [...] no ha sido enteramente extraño en nuestras pasadas luchas electorales [...]. Siendo pues ello así, es obvio que el primordial deber y la más fundada preocupación de las autoridades han de dirigirse a prevenir aquella lamentable desviación del criterio moral y republicano y a combatirla y sancionarla...<sup>97</sup>.

El fraude, además de ser una costumbre, estaba fundamentado en la carencia de un sistema electoral moderno, de mecanismos de identificación técnicamente establecidos y de control sobre el nombramiento de los jurados, lo cual permitió durante muchas décadas la imposición de candidatos desde el partido de gobierno. Había muchos mecanismos para imponer el juego sucio de líderes políticos locales, quienes eran verdaderos tahúres electorales, que durante muchos años habían jugado con las cartas marcadas.

96 HERRERA, Benjamín y OSPINA, Pedro Nel. Memorial de Agravios del general Benjamín Herrera y respuesta del presidente Pedro Nel Ospina. Bogotá: Imprenta Nacional, 1924.

97 EL BOYACENSE, Tunja, febrero 5 de 1930, p. 1.

Pero había lecciones aprendidas. En algunas ciudades, especialmente en Bogotá, luego del movimiento cívico, el control al fraude había sido efectivo durante las anteriores elecciones para concejales, en octubre de 1929, por la presencia de brigadas estudiantiles que en la capital recibieron el nombre de "Guardia Universitaria"; los líderes jóvenes, como el recién electo a la Cámara de Representantes, Jorge Eliécer Gaitán, con base en esta experiencia, difundieron instrucciones a los directorios departamentales y municipales y organizaron grupos de control que, en algunos casos, ocasionaron enfrentamientos, pero que imponían una nuevas reglas del juego.

Lo cierto es que identificado el peligro, el Partido Liberal se propuso controlar el fraude. A través de la prensa y mediante idóneos mecanismos organizativos e instrucciones precisas a sus directorios se adoptaron algunas estrategias. El primer problema por enfrentar fue el control de las listas de jurados, el cual era un factor decisivo a favor del partido de gobierno; basado en la reciente experiencia de Bogotá, donde se había demostrado que era posible ejercer una vigilancia sobre las autoridades locales, se nombraron especies de observadores o testigos que se turnarían en las mesas para denunciar a quienes cambiaran papeletas o coaccionaran a los electores. Otros estarían pendientes de los escrutinios, y los resultados debían ser comunicados lo más rápido posible por telégrafo, para impedir las maniobras en las alcaldías. Esa posibilidad del control del fraude aumentó las esperanzas de los dirigentes liberales, que empezaron a pensar en serias probabilidades de victoria.

Pero un hecho inesperado estuvo a punto de frustrar todo este esfuerzo. El 31 de diciembre de 1929, Olaya renunció a la candidatura; inmediatamente, López Pumarejo llama a la unidad de la prensa para impedir la desbandada en las filas liberales, y rápidas conversaciones recompusieron el orden. Olaya quería disuadir a quienes eran partidarios de una candidatura "liberal", y con ello logró imponer sus condiciones. Pero estas indefiniciones de Olaya, en lugar de debilitar la campaña, tuvieron un efecto positivo, aumentaron el fervor liberal y unificaron a los escépticos. Y en el partido contrario también, en la medida en que bajaron la guardia del clero y, en general, del conservatismo, que se despreocupaba aún más de su adversario, pues creían minimizadas sus posibilidades, en la medida en que además de ser minoritario, a pocas semanas de las elecciones era improbable improvisar una campaña exitosa. Además, los conservadores se consideraban a sí mismos como indiscutible mayoría y confiaban plenamente en las ventajas de su "maquinaria oficial".

Algunos cuadros liberales se convirtieron en los corresponsales más importantes de los periódicos nacionales, y en muchas provincias se activaron las publicaciones de opinión y denuncia, llevando a cabo una tarea agitacional sin precedentes; esta labor tuvo un papel definitivo en el triunfo de Olaya e inició un profundo proceso de transformación organizativa, cuyos objetivos inmediatos fueron neutralizar la acción del clero y reducir el fraude a su mínima expresión.

## Los párrocos: su reino sí es de este mundo

El poder político en Colombia, en los años veinte, luego de la consolidación de la Regeneración, de la Constitución de 1886 –"En nombre de Dios, fuente suprema de toda autoridad"– y del Concordato con la Santa Sede, y tras la derrota histórica del liberalismo, estaba atravesado por el poder de la Iglesia católica. Para algunos, la Iglesia católica era el principal factor de poder, antes que los militares<sup>98</sup>, pues decisiones como la designación del presidente de la República pasaban por las manos de su jerarca; su poder, además, decidía en los departamentos quiénes eran los parlamentarios, y estos postulaban los candidatos para que finalmente el arzobispo tomara la decisión. En el plano local las cosas no eran distintas. La intensa participación del clero imprimió a las elecciones sus particularidades. En lo referente al fraude y a otros asuntos de la mecánica electoral, hay evidencias de que no hubo mayores cambios en las costumbres políticas. Ilustra bien la situación que se vivió, este relato de Boyacá, pero que parece sacado de las "cristiadas" mexicanas:

[...] Para la elección presidencial del doctor Olaya Herrera levantó el liberalismo del Cocuy hasta tres veces más de los votos conservadores, es decir, aproximadamente 1.600 votos de carne y hueso. Cerca del Cocuy está Güicán, la famosa tribu conservadora de los güicanos. Desde 1914 los güicanos no habían vuelto a invadir al Cocuy. Ningún enojo distanciaba a las dos poblaciones [...] Pero para su desgracia, por aquella época de las dichas elecciones presidenciales, era párroco de Güicán el belicoso padre Nepomuceno Goyeneche. Las elecciones cocuyanas discurrieron en la más completa calma; el lunes siguiente por la noche la ciudad [...] dormía tranquila y desprevenida, cuando a eso de la una de la madrugada [...] gritaban: se entraron los güicanos, despierten, se entraron los güicanos a robarse las urnas. Y efectivamente: a la cabeza de unos 400 güicanos, armados de grasas, carabinas, revólveres, machetes y garrotes, entró el padre Goyeneche, marcial, caballero, en un famoso castaño [...] revólver y machete al cinto, una carabina terciada y otra en balanza al brazo. Rápidamente los güicanos se distribuyeron en patrullas en las bocacalles principales y en tres esquinas de la plaza. Y en la casa cural y en la torre de la iglesia. El cura Rafael Tristancho, del Cocuy, les estaba esperando. A los primeros cocuyanos que se asomaron alarmados les atravesaron las piernas a balazos. Pero rápidamente también se incorporaron los cocuyanos y a las dos horas de combate comenzó la derrota de los güicanos. La mayor parte de estos se replegó hacia la casa cural [...]

98 [...] En esas épocas clericales el arzobispo de Bogotá era el verdadero presidente de Colombia y la iglesia católica era más poderosa que una monarquía absoluta. El poder ejecutivo desarrollaba un papel secundario y el presidente era en realidad un segundo arzobispo, en un ambiente en el que la retórica sacerdotal y política se entrecruzaban en gestos, entonación y las mismas referencias a Dios, patria y hogar [...]. Este autor se sustenta en el archivo secreto del Vaticano y en un escrito del ministro plenipotenciario de Bolivia en Bogotá quien afirma: [...] En Colombia pueden y valen más las mitras y los bonetes que las bayonetas y los sables. El cura manda y dispone aquí imperiosamente. [...]. DONADIO. Op. cit., p. 104.

se hicieron las capitulaciones [...] la invasión de las calles [...] se hizo a los gritos de viva la religión católica, viva el Partido Conservador, imueran los rojos! [...] <sup>99</sup>.

Los párrocos de los pueblos, con excepciones honrosas, desplegaron sus sermones y discursos contra el peligro comunista y el "peligro rojo". Se referían con mucha frecuencia al peligro de repetir la experiencia de México, donde el gobierno de Plutarco Elías Calles (1924-1928), de influencia masónica intransigente, desató una fuerte represión contra la Iglesia, provocando la "Guerra Cristera", entre 1926 y 1929; la rebelión, calificada de "contrarrevolución", comenzó en agosto de 1926 y se generalizó en enero del año siguiente, en los estados de Jalisco, Nayarit, Guanajuato, Michoacán y Zacatecas; la oposición a las medidas adoptadas por el gobierno de Calles, especialmente las aplicadas desde julio de ese año, siguiendo los mandatos constitucionales de 1917, limitaban la presencia de la Iglesia en la educación y restringían algunas actividades del culto.

El alzamiento, que fue promovido por un pequeño sector del clero, involucró a peones y aparceros rurales; fue liderado por antiguos militares revolucionarios, de los ejércitos zapatista y villista, y azuzado por terratenientes. Hubo muchos excesos, por ejemplo, de 1.593 sacerdotes solo se comprobó la participación en armas de cinco, sin embargo, fueron fusilados 90, todos, con excepción de uno, reportados por las tropas federales como "muertes en combate", y a este enfrentamiento se le adjudican alrededor de 250.000 muertos <sup>100</sup>.

Los discursos conservadores atribuían a los rojos colombianos las atrocidades de México. Los periódicos conservadores publicaban todos los días las noticias de "La cristiada", y se distribuía con entusiasmo en los despachos parroquiales el libro "La agonía de México: Historia de la dictadura bolchevique de Plutarco Elías Calles y de los actuales candidatos a la Presidencia de México", y se le daba, de paso, uso electoral a las numerosas gráficas macabras de la persecución religiosa, a la que se exponía el pueblo colombiano si ganaban los liberales.

En su etapa final la campaña subió de tono, porque muchos párrocos que sí vieron el "peligro rojo", por el contacto diario con las gentes, intensificaron sus arengas a la población, como era ya tradicional, avizorando los supuestos peligros del triunfo de Olaya. Era el preludio de lo que sería una historia tortuosa y larga que se dio después de las elecciones, cuando la realidad electoral mostró el cansancio y el agotamiento del largo y desdibujado proyecto de la República Conservadora.

---

99 ARÉVALO, Rafael. El Tiempo, enero 22 de 1933, p. 4.

100 MEYER, Jean. La Cristiada, el conflicto entre la Iglesia y el Estado, 1926-1929. México D.F.: siglo XXI, 1980, V. 2, p. 383.

## La debacle electoral

Ni la actividad del clero, ni los intentos de fraude, ni la excomunión valieron para que se detuviera el ascenso del Partido Liberal, que obtuvo una votación sin precedentes, aunque menor que la suma de las dos votaciones conservadoras; el candidato liberal había ganado, aventajando ampliamente en forma individual a sus contendientes, pero no bastaba para contrarrestar la realidad de que el Partido Conservador mantenía las mayorías, y esto lo transformaba a nivel local en una fuerza amenazante e intransigente, pues esas mayorías se reflejaban en los consejos municipales y en las asambleas departamentales. Dentro de cierta lógica tradicional, fueron unas elecciones atípicas, pues llevaron a un desenlace impredecible, cuyos resultados definitivos fueron los siguientes:

**Cuadro 1.**  
*Resultados de las elecciones presidenciales de 1930<sup>101</sup>*

Candidato	Total nacional	%
Enrique Olaya Herrera	369.962 votos	45
Guillermo Valencia	240.284 votos	29
Alfredo Vásquez Cobo	213.417 votos	26
<b>Total</b>	<b>823.663 votos</b>	<b>100</b>

Fuente: Registraduría Nacional del Estado Civil.

Las últimas elecciones en las que el liberalismo había competido abiertamente por el poder fueron en 1922, cuando el conservador Pedro Nel Ospina le ganó a Benjamín Herrera, que obtuvo el 38% del total de votos. Los resultados de entonces fueron los siguientes:

**Cuadro 2.**  
*Resultados de las elecciones presidenciales de 1922*

Candidato	Total nacional	%
Ospina	409.131	62
Herrera	246.667	38
<b>Total</b>	<b>655.798</b>	<b>100</b>

Fuente: Registraduría Nacional del Estado Civil.

101 EL NUEVO TIEMPO, Bogotá, 8 de abril de 1930, p. 1.

Si analizamos la variación electoral de 1930, frente a las elecciones de 1922, los dos partidos aumentaron su votación en cifras absolutas, pero porcentualmente el liberal aumentó (de 38% a 45%), y el conservador disminuyó (62% a 55%); esto conduce a plantear, hipotéticamente, dos opciones: una, que un sector de los conservadores apoyó a Olaya, y dos, que una franja independiente de los partidos apoyó al candidato liberal, opción esta última improbable, dadas las rígidas estructuras partidistas tradicionales.

**Cuadro 3.**  
Comparación electoral 1922 - 1930

Partido	Total nacional			
	1922		1930	
Conservador	409.131	62%	453.701	55%
Liberal	246.667	38%	369.962	45%
<b>Total</b>	<b>655.798</b>	<b>100%</b>	<b>823.663</b>	<b>100%</b>

**Fuente:** Registraduría Nacional del Estado Civil.

Al observar la variación electoral (Cuadro 4), aunque la votación nacional creció en un 25%, lo cual significa que disminuyó la abstención, el Partido Conservador solamente incrementó su total de votación en un 11,7%, en tanto que el Partido Liberal creció en un 50%, lo cual demuestra que su organización, en primer lugar, pudo neutralizar el fraude, y, en segundo lugar, aumentó considerablemente su movilización electoral. De otra parte, la variación electoral también demuestra que el candidato liberal aglutinó sectores de ambos partidos.

**Cuadro 4.**  
Variación electoral 1922-1930

Partido	Total nacional		
	1922	1930	Incremento
Conservador	409.131	453.701	11,07%
Liberal	246.667	369.962	50,00%
<b>Total</b>	<b>655.798</b>	<b>823.663</b>	<b>25,64%</b>

Era el final de medio siglo de hegemonía conservadora, que marcó de manera indeleble la vida política de la nación, e instauró un férreo control político, social e ideológico, con la

ayuda de la Iglesia católica, imponiendo el rumbo de la cultura política y la forma de vida de los colombianos; aunque se trataba de un régimen político basado en una democracia formal, esta era impermeable a la participación popular, los mecanismos de representación eran manipulables mediante el dominio del aparato electoral, asegurando el monopolio del poder a una casta política hija de una reducida élite de comerciantes, banqueros y terratenientes, con una, en algunos casos, poco exitosa vocación industrial, en otros, tardía incursión en la actividad manufacturera moderna, con una importante experiencia agro-exportadora, pero indiferente a la problemática social. Se había consolidado un régimen formalista y autoritario construido sobre la hegemonía de un partido que concebía el gobierno como botín burocrático, que era usado como prebenda para el mantenimiento de sus clientelas en todas las instancias de la administración pública, como expresión de una modernidad esquiva. La pérdida de esos privilegios era el mayor temor por parte de los seguidores del conservatismo.

De la lectura de prensa y editoriales en el momento de la transición, antes de la posesión de Olaya, se puede inferir que para los conservadores, en términos generales, el triunfo liberal no era contundente ni indiscutible. Para ellos, el Partido Liberal no era legítimo, en la medida en que no era mayoritario ni había ascendido por un proceso político en el que "derrotara" a su partido, temporalmente dividido. El triunfo de los opositores era percibido como una derrota provisional, mientras se preparaba la reorganización y la revancha, en tanto que ellos eran los verdaderos dueños del poder, ahora habitado por advenedizos. En el campo liberal la derrota conservadora era percibida, en medio de la euforia triunfalista, más bien como el derrumbe paulatino de un régimen ahogado en sus propios problemas y debilitado en su interior por sus propias contradicciones, donde la consecuencia lógica no era otra que el relevo político: "El Partido Conservador ya no puede más con el poder: se le cae de las manos"<sup>102</sup>, como lo había señalado premonitoriamente uno de los arquitectos de la victoria liberal, el joven Alfonso López Pumarejo.

No obstante, el Partido Liberal no era ajeno a las características de su oponente; había sido radical en la competencia por el poder, pero tímido en las reformas que proponía, y con muchos de los vicios que criticaba desde la oposición. Igualmente, en sus filas estaban los gamonales que poco sabían o creían en la democracia, que movilizaban a sus huestes de la misma forma como lo hacía su oponente, y concebían de la misma forma la burocracia, como parte del botín ganado. En las provincias no se veía gran diferencia, incluso, con honrosas excepciones, entre sus cuadros nacionales no había muchos pensadores de un cambio que marcará la diferencia. Ahora tendría la oportunidad de mostrarse en concreto como una alternativa distinta, de ejercer el poder guiado plenamente por sus concepciones supuestamente renovadoras de las estructuras del Estado y, sobre todo, del modo de gobernar.

102 La idea de Alfonso López Pumarejo. Citado por ZULETA ÁNGEL, Eduardo. El presidente López. Medellín: Ed. Albón, 1966, p. 55. Lo hemos tomado de PECAUTA, Daniel. Política y sindicalismo en Colombia. Medellín: La Carreta, 1973, p. 100. Este asunto está analizado en GUERRERO, Javier. Los años del olvido... 2ª ed., Op. Cit., p. 86.